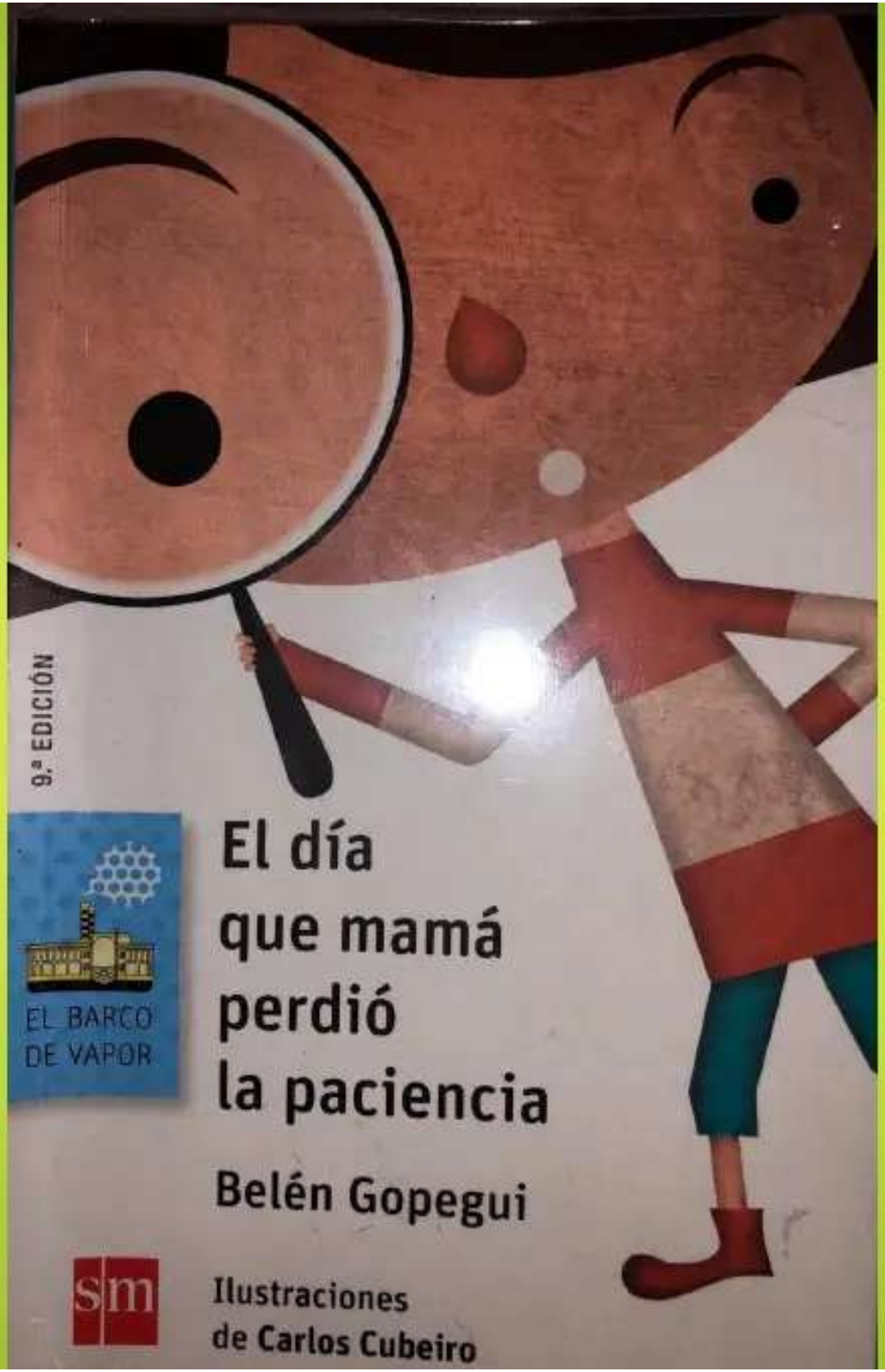

8.ª EDICIÓN
EL BARCO DE VAPOR
El día que mamá perdió la paciencia
Belén Gopegui
sm
Ilustraciones de Carlos Cubeiro

1
¿DE QUÉ COLOR ES LA PACIENCIA?

LAS MAMÁS DE OTRAS NIÑAS perdían bufandas, bolígrafos y hasta llaves. Bueno, la mamá de Mariú también había perdido esas cosas, y una gorra, y un jersey del hermano de Mariú y una camiseta de Mariú; incluso una vez perdió los zapatos, pero no un solo zapato, como la Cenicienta, sino dos, dos zapatos, de color café dentro de una caja verde de cartón.

Todo eso tenía arreglo, porque siempre se podía pedir prestado un boli, o salir a la calle sin bufanda o ir a unos sitios donde hacían llaves nuevas.

Pero esta vez, en cambio, menudo lío. Mamá había perdido la paciencia, ¿y dónde hacen paciencia, o cómo se puede prestar?

A Mariú se le daba bastante bien encontrar cosas. Desde muy pequeña, le gustaba buscar lo que se había perdido. Una vez, Nirma, una amiga de su madre, perdió una llavecita. Se iba de viaje, había guardado todas las cosas en una maleta blanca y en una maleta negra. Quería cerrar la maleta blanca con la llavecita. Miró en su bolso, pero nada. Empezó a buscar por los estantes, por el suelo, en los bolsillos... Todo el mundo estaba muy nervioso porque la amiga de su madre se iba en avión y podían llegar tarde.

Y de pronto, su madre dijo:

–Mariú, ¿tú has visto una llave pequeña que estaba en un llavero azul?





Mariú pensó un poco y luego dijo:

–Sí. Está encima de la otra maleta, la negra –y Mariú salió del cuarto corriendo y fue a la entrada de la casa donde estaba la otra maleta.

Los mayores la siguieron. Ahí estaba la llave en su llavero azul. Todos se pusieron muy contentos y le dieron las gracias. Si se lo hubieran preguntado antes, Mariú se lo habría dicho. Pero como todos estaban tan nerviosos y nadie le explicaba lo que pasaba, ella había preferido quedarse callada, observando, hasta que alguien le dijera algo. En cuanto se lo dijeron, ella se puso a pensar en todas las cosas que había visto y enseguida se acordó del color azul del llavero encima de la maleta negra con ruedas.

Aquella vez, su mamá también le había dicho algo. Se levantó y dijo:

–Me voy. Me habéis hecho perder la paciencia.

Así que eso era lo que había pasado y Mariú intentaba pensar y pensar en qué podía hacer para encontrar la paciencia de su madre. Pero no se le ocurría nada, ¿y cómo se le iba a ocurrir si nunca había visto la paciencia? No sabía cómo era.





–¡Ya está! –dijo Mariú–. Seguro que es invisible. ¡Menudo lío! ¿Cómo se buscarán las cosas invisibles?

Mariú salió disparada hacia el cuarto de su hermano Daniel. Pero justo entonces llamaron al telefonillo. Era César, un amigo de Daniel. Y encima venía a buscarle para ir a jugar al fútbol. Mariú se acercó al cuarto donde estaba su padre trabajando en el ordenador.

–Papá, esto... ¿cómo se buscan las cosas invisibles?

–Mariú, ahora estoy trabajando. Cuando termine me lo vuelves a preguntar.



2
APARICIÓN DE LÍA

MARIÚ VOLVIÓ A SU CUARTO arrastrando los pies. Quería ser mayor. Entonces ya no tendría que pedir permiso para todo. Podría acostarse cuando quisiera, comer las chuches que le apetecieran. Podría irse a la calle ella sola sin que la tuvieran que acompañar su padre o su hermano Daniel. Ahí estaban ellos, tan frescos. Su padre en el ordenador, su hermano en el parque, sin darse cuenta de que su madre había perdido la paciencia y necesitaba recuperarla. Y a lo mejor dentro de unas horas ya era demasiado tarde.

Se sentó a la mesa y, como muchas veces le pasaba, se le ocurrió un cuento. Y empezó a decirlo en voz alta:

«Desde la torre, la princesa Mariú observaba todo y veía tierras, dolor y sufrimiento. Cuatro dragones la vigilaban. Pero también veía a las Espías y a Talismán, y como veía tanto sufrimiento y tanto dolor, decidió que con sus amigas podía hacer más cosas: poner comida, plantas, hacer agua, hacer aire... Y como los dragones la vigilaban por toda la torre, ella quería salir para ser libre, pero los dragones obedecían las órdenes de un rey que la había raptado y había embrujado a los dragones. Entonces ella, como tenía poderes, hizo unas escaleras secretas y consiguió escapar».



«Hummm», pensó. Ese cuento se estaba pareciendo un poco a los cuentos y a las películas que más le gustaban. Si fuera mayor, podría poner una sin pedir permiso. Pero como no lo era, tenía que preguntarle a su padre, y como su padre tenía que trabajar, no podía preguntárselo ahora. Lo peor de todo era que en realidad no quería ver una película ni contarse un cuento. Lo que quería era salir a buscar la paciencia de su madre. Pero no era un hada ni tenía poderes: no podía salir por la ventana. Mariú dio la vuelta a su silla naranja y se quedó mirando la cama. Luego subió los ojos hacia los visillos blancos de la ventana. Fue entonces cuando vio que se estaban poniendo rosas, rojos, naranjas, verdes y azules, igual que los cristales de colores que había en las iglesias. Mariú tenía pintura para cristales y había dibujado una flor y su nombre y una estrella, y los había pegado en la ventana. Cuando el sol daba en ellos, un trocito de luz se ponía de colores, pero era un trozo



mucho más pequeño. Este trozo era más grande que ella, y se movía. Poco a poco, Mariú distinguió una falda, luego una blusa, el cuello, la cara, las pierna y los pies. Lo último que apareció fueron los brazos y las manos. La silueta de colores se impulsó con ellos y de un salto se colocó encima de la cama de Mariú.

–¡Hola!

–¿Y tú quién eres? –dijo Mariú.

–Soy una princesa winx, witch y sirena.

–Pero no tienes cola de pez.

–¡Huy! Es verdad. Es que sirena fui la semana pasada. Por cierto, era bastante incómodo.

Mariú se quedó mirándola muy despacio. Lo más raro no eran los colores, sino que era plana. Como un dibujo de una peli que hubiera salido de la pantalla y fuera andando por ahí.

–¿Pero tú existes o te estoy imaginando?

–¡Claro que existo!

–Es que eres como un dibujo, tan fina como un papel –dijo Mariú.

–Tu sombra también es así, y existe, ¿no?

–Sí, eso es verdad. Pero ¿entonces eres la sombra de una princesa, o de una winx, o de una sirena?

–No. Las sombras no tienen colores. Yo tengo un montón de colores.

–Bueno, a ver, lo que seas: ¿cómo te llamas?



–Me llamo Hada Winx Witch Buscacosasperdidas.

–¡Eso es larguíiiisimo!

–Entonces me llamo Lía.

–Vale. ¿Y qué cosas buscas, Lía?

–Pues cosas que se hayan perdido –dijo Lía, y de repente saltó de la cama dando una voltereta lateral. Se puso a mirar los estantes del cuarto de Mariú, los cuadros pintados, los libros.

–Me gusta este cuarto –dijo–. ¿A que has perdido una diadema verde claro con un lazo?

–¡Sí!

–Pues yo puedo decirte dónde está. Cierra los ojos –dijo Lía.

–Ya –dijo Mariú.

–Piensa en la diadema.

–Estoy pensando.



–Piensa mucho. Piensa en la última vez que te la pusiste, piensa... piensa...

Mientras hablaba, Lía pasaba la mano por la frente de Mariú, o por lo menos eso le parecía a Mariú, que tenía los ojos cerrados y notaba en la frente cosquillas de colores.

–Y ahora... ¡abre los ojos!



Mariú los abrió, pero ahí no había ninguna diadema. Miró a Lía, que sonreía y señalaba la almohada de Mariú. Pues sí, justo detrás se veía el arco verde de la diadema. Mariú se acercó y la cogió.

En ese momento, se oyeron pasos y el picaporte que bajaba. En un segundo, Lía se metió debajo de la cama.

El padre de Mariú abrió la puerta.

–Ya he terminado. ¿Qué querías?

–¡Hola, papá! –dijo Mariú, un poco preocupada porque estaba viendo perfectamente la punta de los zapatos verdes, naranjas y azules de Lía asomando por debajo de la cama.



A

–Hola. ¿Qué me habías preguntado?

–Cómo se buscan las cosas invisibles.

–Pues no tengo ni idea. A lo mejor hay que buscarlas con los ojos cerrados.

–Vale.

–¿Algo más?

–No, nada.

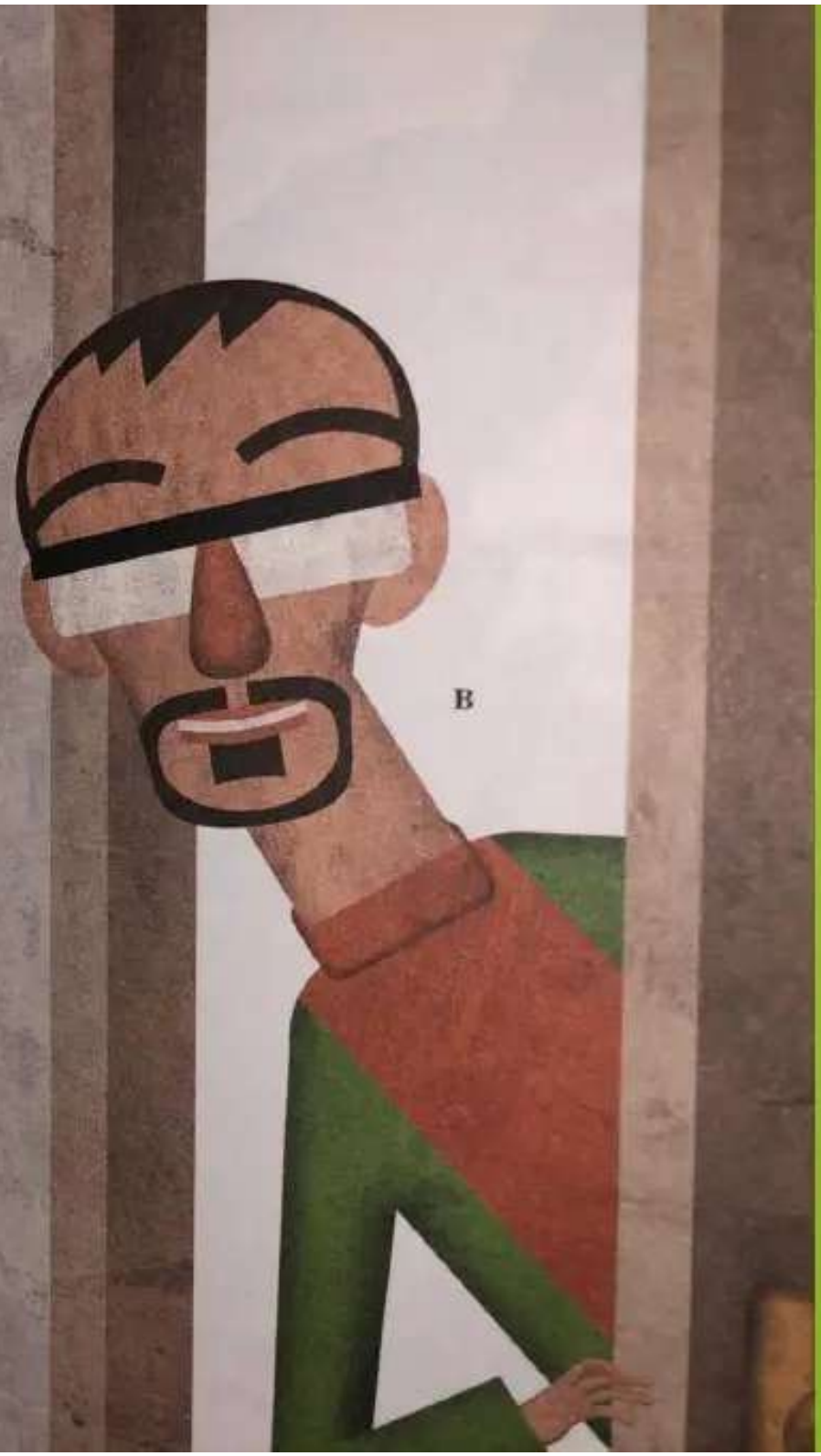
–¿Has merendado?

–Sí, digo no; o sea, luego meriendo.

–Bien, me voy a tumbar un rato en el sofá. Si me duermo, no me despiertes. A no ser que pase algo importante, claro.

–¿Y si pasa algo raro?

–Venga, Mariú, ya sabes lo que quiero decir.



B



El padre de Mariú cerró la puerta y en un segundo Lía ya estaba fuera. Se subió al techo de un salto, se colgó de la lámpara y cruzó los brazos. Parecía muy enfadada.

–¿Qué te pasa? –preguntó Mariú.

–¡Así que yo no soy algo importante! Resulta que solo soy algo raro.

–Pero...

–Ni pero ni pera, manzana ni manzano. Yo soy algo muy importante. Solo que no tienes que avisar a tu padre por todas las cosas importantes.

–Entonces, ¿te parece bien que no le haya dicho que estabas aquí?

–Sí... ¿Sabes por qué soy muy importante?

–¿Porque encuentras cosas?

–Caliente, caliente. Yo puedo ayudarte a encontrar otras cosas además de la diadema.

–¿Cosas invisibles?

–Muy muy caliente.

–¿La paciencia de mamá?

3
CERRAR LOS OJOS

–OYE, LÍA, tengo un poco de sed –dijo Mariú–. ¿Me esperas un momento, que voy a la cocina a beber agua?

–Voy contigo.

–¿Y si te ve papá?

–No te preocupes. No puede verme. Como mucho, podrá notar mi presencia.

En la cocina, Mariú cogió su vaso de princesas y lo llenó con agua del grifo.

–Princesas –dijo–. Fútbol y princesas. Ahí empezó todo.

–¿A tu madre no le gustan las princesas? –preguntó Lía.

–Bueno... No es que no le gusten.

–¿Entonces?

Mariú miró su vaso y se quedó pensando.

–A lo mejor se siente rodeada. Vaso de princesas, colcha de princesas, cepillo de dientes de princesas, pelis de princesas, libros de princesas, camisetas de princesas...

–Vale, vale, que me mareo –dijo Lía.

–Pues imagínate si le cuento que ha venido a verme una princesa winx witch que la semana pasada fue sirena y que busca cosas perdidas.

–Y el fútbol, ¿qué tiene que ver?

–Mi hermano quería ver una película de fútbol, y yo una de princesas, y empezamos a discutir. No es la primera vez que lo hacemos.

–Está claro –de un salto, Lía se subió a la mesa de la cocina–. Tenemos que ir a buscar la paciencia de tu madre enseguida. Ya sé quién se la puede haber quitado. ¿Estás preparada para salir?

–Es que no me dejan salir de casa sola. Y me parece que si le digo a mi padre que me voy contigo, tampoco me dejará –dijo Mariú.

Lía volvió a hacer otra voltereta lateral, y casi se carga el jarrón con lilas de una patada.

–Tu padre es bastante listo, ¿no? –dijo Lía.

–Sí... –contestó Mariú sacudiendo la cabeza.

–Pues entonces, hazle caso. ¿Cómo ha dicho él que se buscan las cosas invisibles?

–Cerrando los ojos.

–Eso es: cierra los ojos y piensa que tienes que encontrar la paciencia de tu madre.

Mariú no estaba nada convencida, pero como Lía le caía bien, hizo caso y cerró los ojos. Cuando los abrió, las dos se encontraban en la calle, justo delante del portal de su casa. Entonces Lía cogió a Mariú con las dos manos, como si fuera una bailarina de ballet, y dio un salto largo, largo, larguísimo.



Pasaron por encima de los techos de los coches, por encima de las cabezas de las personas, por encima de las copas de los árboles. Al principio, a Mariú le sonaban las calles, los árboles y hasta alguna persona que veía paseando. Pero luego empezaron a alejarse, y el suelo se volvió azul celeste y después verde muy claro. Entonces llegaron a un castillo bastante parecido al castillo de madera pintado de rosa que Mariú tenía en su cuarto. Solo que era cien veces más grande.

Lía descendió despacio hasta el suelo y se apresuró a bajar a Mariú.

–Ven –dijo.

Echaron a andar por un pequeño pasillo azul celeste que les condujo a uno mucho más grande de color fucsia. El suelo de ese pasillo brillaba, y en cuanto pusieron los pies en él empezaron a patinar aunque no llevaban patines ni zapatillas con ruedas. Al final del pasillo había una puerta morada. Lía tocó un botón y la puerta se abrió. Entraron en una biblioteca redonda con claraboyas por donde pasaban los rayos del sol.

–Esta biblioteca me recuerda a un sueño que tuve ayer –dijo Mariú.

–Ya me lo contarás –dijo Lía–. Ahora no tenemos mucho tiempo. Tienes que subir por esa escalera de caracol y coger un tomo muy gordo con el lomo granate.

La escalera era muy alta y daba muchas vueltas.

–¿Por qué no subes tú con uno de esos saltos? –preguntó Mariú–. Tardaríamos menos.

–Ese libro solo te dirá su secreto si lo coges tú.

Mariú empezó a subir con cuidado porque los escalones eran muy estrechos. Dio una vuelta a la espiral y otra y otra, así hasta siete, que eran los años que tenía. Por fin llegó hasta donde estaba el libro granate.

«Parece muy pesado», pensó. «A ver si lo puedo sujetar».

Tiró hacia fuera para que sobresaliese un poco. Luego lo cogió con las dos manos. El libro era enorme, pero también ligero. Podía sujetarlo hasta con una sola mano. Con la otra saludó a Lía.

–¿Qué hago? ¿Lo abro o bajo?

–Abre y lee. Yo voy a dormir un rato, estoy cansada –dijo Lía.

Dio otra de sus volteretas laterales y luego se subió a una mesa, se acurrucó y cerró los ojos.



Mariú se sentó junto a los estantes, con las piernas cruzadas como los indios. Puso el libro sobre sus rodillas y lo abrió. Lo primero que vio fue una pregunta:

–¿En qué se parecen el hambre, el aburrimiento y la paciencia?

Pero resulta que debajo no venía ninguna respuesta, ni tampoco un asterisco que indicara la página de las soluciones. Así que Mariú empezó a pensar, y pensó y pensó.

Las tres cosas eran invisibles, las tres cosas iban y venían, o sea, podías tenerlas y podías perderlas. Y mientras estaba pensando eso, la página se pasó sola y apareció una nueva pregunta escrita con letras plateadas:

–¿Cuándo se deja de tener hambre?

–Cuando has comido bastante –contestó Mariú.

Otra pregunta se escribió sola en la página:

–¿Cuándo se deja de estar aburrida?

–Cuando se te ocurre algo divertido que poder hacer –volvió a contestar Mariú.

–¿Y cuándo se pierde la paciencia?



–Cuando hay algo que no te gusta nada de nada –dijo Mariú.

Las letras plateadas seguían haciendo de las suyas, y ahora pusieron:

–¿Por ejemplo?

Mariú pensó en la última vez que ella se había enfadado mucho, muchísimo, y se había puesto a llorar con fuerza a pesar de que no le dolía nada ni se había dado un golpe.

–Pues cuando se rompe un juguete de mi hermano, y yo digo que no lo he roto y es verdad, pero mi hermano no se lo cree. Y luego viene mi madre y pregunta: «¿Qué está pasando aquí?». Se lo contamos y mi madre pone cara de que tampoco se lo cree. Luego llega mi padre y ve el juguete roto y otra vez lo mismo: me mira convencido de que yo lo he roto. Pero yo no lo he roto y nadie me cree.

En ese momento, las hojas del libro se abrieron como dos puertas. Mariú miró a Lía. Seguía dormida sobre la mesa. «¿Qué hago?», pensó. Y luego se dijo: «¡Allá voy!».

4
ADHARA, LA PRINCESA QUE SE QUERÍA DESPEINAR

MARIÚ ATRAVESÓ LAS PUERTAS y vio que estaba en un jardín y que al fondo, sentada en una silla rosa, la estaba esperando la princesa más principesa de todas las princesas que había visto nunca. Llevaba diadema dorada en la cabeza y un traje con todos los reflejos del arco iris. Los zapatos parecían hechos con diamantes, y tenía dos pulseras del mismo color del agua del mar.

–¡Oooooooooooh! –dijo Mariú.

–¡Hola! –dijo la princesa.

Eso a Mariú le extrañó un poco. Era una princesa tan principesa que esperaba que

hubiera dicho algo como: «Estimada niña, sé bienvenida al palacio de los sueños. Yo soy la Princesa principesa Adhara, dueña y señora de todo lo que tus ojos pueden contemplar».

Mariú se acercó despacio. Ella le ofreció una silla rosa exactamente igual que la suya. Mariú se sentó.

–Has respondido bien a las tres preguntas, Mariú –dijo la princesa.

–¿Cómo sabes cómo me llamo?

–Tú también sabes cómo me llamo yo.

–¿Te llamas Adhara?

–Sí. Es el nombre de una estrella y de una flor, la flor de azahar.

–¡Oooh! –dijo Mariú otra vez.

–¡Qué suerte tienes! –dijo Adhara mirando a Mariú.

–¿Yo?

–Me encantaría tener unas zapatillas como las tuyas. Entonces tiraría mis zapatos de tacón por los aires y ya no tendría que andar con pasos pequeñitos para no caerme.





Me gustaría quitarme este vestido que no puede arrugarse ni mancharse y llevar solo una camiseta de colores y un pantalón ligero como tú. Me gustaría tener un nombre que no significase nada, llamarme Tran o Fu, y que la gente lo oyera y solo pensará en mí en vez de pensar en flores o en estrellas o en estrellas que se llaman como flores. Me gustaría muchísimo dejar esta diadema que pesa una barbaridad.
Me gustaría tener el pelo revuelto
y que el aire lo moviera de un sitio



para otro como mueve el tuyo. Me gustaría salir de una vez de esta peana donde han pegado mi silla para que yo me quede quieta mientras la gente me mira.

De pronto se oyó un ruido de motor muy fuerte, cada vez más fuerte. Mariú y la princesa miraron hacia el lugar de donde venía el ruido: un coche grande, de color gris, con las ventanillas negras, se acercaba a toda velocidad.

–Dentro de ese coche, en una maleta de color azul, está la paciencia de tu madre –dijo Adhara.

–¿Y qué puedo hacer? ¡Va muy deprisa!

–Mira a tu izquierda –dijo Adhara.

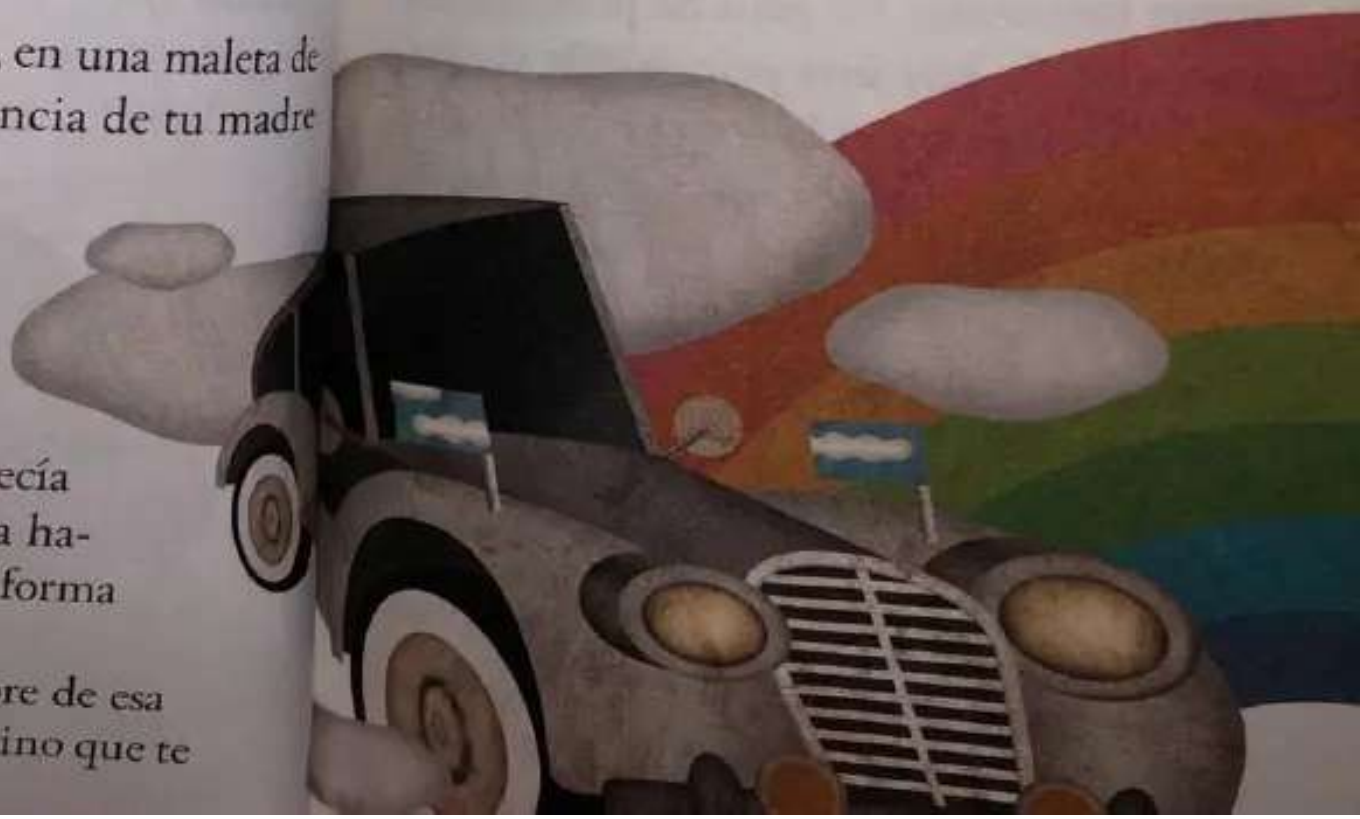
Mariú hizo lo que le decía la princesa. A su izquierda había una puerta blanca con forma de arco.

–Deberás llamar al timbre de esa puerta. Te abrirá un pingüino que te hará una pregunta. Si la aciertas, te dejará pasar y te llevará adonde está la maleta.

–¿Vas a venir conmigo?

–No puedo, Mariú. Soy una princesa y tengo que seguir aquí, con la boca de fresa y el pelo sin nudos y el traje muy planchado, para que todas las personas que pasen digan lo mismo que tú dijiste.

–¿Qué fue lo que dije?



–Dijiste: «¡Oooooooooooh!». Una princesa es alguien a quien la gente, cuando la mira, dice: «¡Oooooh!».

–Pero ser princesa no es solo los vestidos y el aspecto. Lo he visto en una peli: *Programa de protección de princesas*. ¿La has visto? –preguntó Mariú.

–No –dijo Adhara.

–¿No? Yo pensaba que las princesas veíais tooooodas las pelis de princesas. En esa película hay una princesa de verdad, y les explica a todas las chicas que para ser princesa hay que ser educada, buena, no chillar, ayudar a todo el mundo y... ¿cómo era? Ah, sí: que tu vida sirva a los demás, o sea, no estar todo el rato viendo la tele y comiendo galletas.

–...

–Cuántas cosas –dijo Adhara.

–¡Había más, pero no me acuerdo! –dijo Mariú.

–Es que esas cosas no se ven –dijo Adhara–. Imagínate que vas por la calle y ves a una chica un poco despeinada, con pantalones, con una camiseta oscura. A lo mejor es muy buena y no se enfada y ayuda mucho, pero tú no dirías que es una princesa de las que ponen en las pegatinas y en las tapas de los cuadernos, ¿a que no?

–No... Aunque... Cenicienta era una princesa.

–Pero solo al final del cuento.



Mariú se quedó pensándolo, aunque no mucho porque estaba preocupada por el coche y la maleta azul.

–¡Adelante, Mariú! Ve a buscar la paciencia de tu madre antes de que sea tarde.

5

LA PUERTA BLANCA, LA PINGÜINA Y LA RABIETA

MARIÚ SE DIRIGIÓ con paso firme y la cabeza erguida, como si llevara sobre ella un libro y no se le pudiera caer, hacia la puerta blanca. Tocó el timbre y enseguida un pingüino blanco y negro, como todos los pingüinos, le abrió la puerta.

–Buenos días, señor pingüino, vengo en busca de la maleta azul.

–Soy una pingüina. Así que tú eres Mariú y te gustan mucho las princesas y estás buscando la paciencia de tu madre.

–Sí.

–Dime, Mariú: aquella vez, cuando se rompió un juguete, y tú dijiste que no lo habías roto y era verdad, y tus padres y tu hermano no se lo creyeron y te echaron la culpa, ¿qué hiciste?

–Perdí la paciencia. Me puse a llorar y me enfadé y me fui a mi cuarto.

–¿Y cómo encontraste la paciencia otra vez?



–Mi madre estuvo pensando y se dio cuenta de que yo no lo había roto, y vino a buscarme a mi cuarto.

–Ahora tendrás que responderme a una pregunta, y si lo haces bien te llevaré adonde está la maleta azul: ¿en qué se diferencia tener una rabieta de perder la paciencia?

Mariú se quedó pensando. Esa pregunta le parecía muy muy difícil. Se acordó de su profesora Isabel, que les enseñaba cosas sobre la pintura y sobre los cuadros, y todo el mundo decía que eran cosas muy difíciles para niñas y niños de infantil, pero no eran tan difíciles, solo lo parecían. Y cuando ya las habían aprendido, todo el mundo se asombraba; todo el mundo menos su profesora Isabel, que sonreía divertida.

Así que Mariú pensó y pensó, se acordó de las veces en que había perdido la paciencia y de las veces en que había tenido una rabieta, y le dijo a la pingüina:

–Cuando tengo una rabieta, es que me he portado mal y me da rabia y no sé cómo arreglarlo. Pero cuando pierdo la paciencia, no me he portado mal; me enfado porque no es justo, como cuando alguien se cuela o cuando no me creen o si en el cole los mayores nos quitan nuestro sitio en el patio.



–Eso significa que, cuando tienes una rabieta, tú misma puedes hacer que se te pase. Pero cuando pierdes la paciencia, a veces algo tiene que arreglarse fuera –dijo la pingüina–. Mmmm, mhmm.

–¿Qué quiere decir «Mmmm, mhmm»? –preguntó Mariú.

–Quiere decir «Muy bien» –dijo la pingüina–. Puedes pasar.

6
LOS TRES SEÑORES Y EL PIE DE CENICIENTA

LA PINGÜINA CONDUJO A MARIÚ a un jardín. Allí había tres señores vestidos de gris. Estaban sentados, con cara de aburridos, vigilando la maleta azul. ¡Vaya! La pingüina no le había dicho nada de esos señores. ¿Y si no le dejaban coger la maleta? Mariú se preocupó un poco. Buscó a la pingüina con la mirada, pero había desaparecido. No podía dar marcha atrás, así que respiró hondo y fue hacia donde estaban los tres señores.

–Me gustaría mucho llevarme esa maleta –dijo Mariú.



–Dame una razón –dijo el señor número 1.

–Me parece que tiene dentro la paciencia de mi madre.

–Así es –dijo el señor número 2–. Es que las madres hacen cada cosa... No entiendo por qué les tienen tanta manía a las prin-

–Yo tampoco lo entiendo –dijo el señor número 3–. La última paciencia que hemos traído antes que la de tu madre es la de la madre de Manuela. ¿Sabes lo que hizo la madre de Manuela?

–Ni idea –dijo Mariú.

Los tres señores exclamaron a la vez:

–¡Le dijo a su hija que en su DVD no se veían las películas de princesas!

El señor número 1 se puso de pie y, apuntando con el dedo a Mariú, dijo:

–Fuimos a visitarla. Le dijimos que las princesas son muy simpáticas y alegres y que a las niñas les gustan mucho. Pero no nos hizo ni caso, todo el tiempo repetía que a sus abuelas no las dejaban estudiar por ser chicas, y que para ella era muy importante que las chicas fueran tan libres como los chicos, y que le daba mucha pena cuando veía tantas películas empeñándose en que las chicas solo se preocuparan de los vestidos y de los novios, así que por eso iba a seguir diciéndole a Ma-

nuela que esas películas no se podían ver en su DVD.

El señor número 2 se levantó y dijo:

–El colmo fue que un día, cuando Manuela se empeñó en poner una película de princesas en el DVD para comprobar si funcionaba o no... ¿sabes lo que hizo su madre? Cambió el idioma y le dijo que vale, que podía ver la película, ¡pero en alemán!

El señor número 3 se levantó y dijo:

–Fue entonces cuando nos llevamos su paciencia.

–¡Vaya! Pero ¿y mi madre? –preguntó Mariú.

Los tres señores empezaron a pasear dando vueltas... Luego se quedaron quietos y contestaron a la vez:

–Tu madre, tu madre... ¡tu madre quería contártelo todo!





–¿Qué es «todo»?

–¿Se lo decimos? –preguntó el señor numero 2.

–Sí. Ya que ha llegado hasta aquí, tendremos que decírselo –contestaron a la vez el señor número 1 y el señor número 3.

–Tu madre quería contarte que Cenicienta es lo contrario de una princesa. Quería que descubrieras que las princesas siempre lo son por casualidad, y que eso no tiene ninguna gracia. En el cuento de Cenicienta eligen para ser princesa a alguien que se lo merece, pero eso nos lo inventamos nosotros. Porque una princesa es todo lo contrario. Es como una rifa. Es como ser alto

–Nadie iba a querer comprar esas cosas si decíamos la verdad. Todas las niñas y todos los niños quieren que los admiren. El problema es cómo se consigue eso –dijo el señor número 2.

–Lo bueno es que te admiren porque haces algo que está bien –dijo el señor número 3.

–Pero si alguien dijera que las personas más admirables son las que tienen 160.472 pelos en la cabeza, y ni uno menos y ni uno más, nos parecería una tontería –dijo el señor número 1.

–Como una casa –dijo Mariú.

–¿Qué casa? –preguntó el señor número 2.

–Digo que sería una tontería como una casa, lo de los pelos en la cabeza.

–¡Exactamente! Y ahora imagínate que a las personas que tuvieran ese número de pelos en la cabeza, les dieran mucho dinero para que se compraran vestidos bo-



nitos y palacios enormes –dijo el señor número 3.

–Pues ya que lo dices –contestó Mariú–, tener un pie pequeño, como Cenicienta, no tiene ningún mérito. Es igual que lo de los pelos de la cabeza.



Los señores 1, 2 y 3 se sentaron a la vez. El señor número 1 empezó a hablar en voz muy baja y dijo:

–Por eso tuvimos que inventarnos lo de que era tan bondadosa con los animales y tan comprensiva con las hermanastras en la segunda parte, y tan trabajadora y tan simpática con Gus y Jack, y todo lo demás.

–¿Y lo de que la belleza de fuera refleja la belleza de dentro que sale en otras pelis?

–También nos lo inventamos –dijo el señor número 2–. Eso a veces pasa, y a veces no.

–¿Por qué ahora me estáis diciendo la verdad? –preguntó Mariú.

–Es por esa chica de colores –dijo el señor número 3.

–¿Lía? –preguntó Mariú.

–Sí, se llama Lía y se apellida Razón. A partir de ahora estará siempre contigo. Las personas mayores no pueden verla, pero notan algo. Lo que notan es que tienen uso de razón –dijo el señor número 1.

–Ya puedes llevarte la maleta. La llave con la que se abre está encima –dijo el señor número 2.

–Acércate y la verás –dijo el señor número 3.

En efecto, justo encima de la maleta había una llave pequeña, que también era de color azul.

–¡Muchas gracias! –dijo Mariú.



7
SIETE AÑOS

CUANDO MARIÚ abrió la maleta, los tres señores desaparecieron. Al mismo tiempo, Mariú notó en la cara una brisa muy suave que le desordenó un poco el pelo y que luego se alejó. Seguro que era la paciencia invisible que había salido volando en busca de mamá. Mariú cerró de nuevo la maleta, dijo adiós a la pingüina y fue en busca de Adhara.

–Hola, Mariú –dijo la princesa que seguía sentada en su silla rosa.

–Hola, Adhara. Ya tengo la maleta.

–Felicidades. Puedes dejarla ahí –dijo Adhara señalando a un montón de maletas.

De cada una de ellas colgaba una etiqueta en donde estaba escrito: «Aquí estuvo la paciencia de la madre de Jimena», «Aquí estuvo la paciencia de la madre de Verónica», «Aquí estuvo la paciencia de la madre de Manuela».



Mariú dejó la suya y enseguida apareció una etiqueta que decía: «Aquí estuvo la paciencia de la madre de Mariú».

Detrás de ese montón había otro distinto, y aunque estaban más lejos, Mariú consiguió leer: «paciencia de la madre de Marieta», «paciencia de la madre de Ana», «paciencia de la madre de Lucía»...

«Debe de ser», pensó, «que algunas amigas mías todavía no han cumplido siete años, la edad a la que empieza el uso de razón».

–¿Vienes conmigo? –preguntó Mariú.

–No. Voy a seguir estando aquí. Cada vez vienen más niñas como tú, y yo tengo que decirles dónde está la puerta blanca.

–¡Adiós, Adhara!

–Adiós, Mariú.

Mariú echó a andar por el jardín y enseguida encontró un pasadizo que conducía a la biblioteca. Lía seguía tumbada sobre la mesa, durmiendo a pierna suelta.

–¡Despierta, Lía!



Lía dio una voltereta lateral y, sin que Mariú pudiera saber cómo, se enroscó alrededor de su cuello y luego se metió en su corazón. Mariú se acordó de un juego al que jugaba a veces con sus padres y su hermano, y que consistía en formar palabras: una niña traviesa era una niñiesa, un libro emocionante era un librante. «Y claro», pensó Mariú, «una razón de colores era un corazón».

Mientras lo estaba pensando, se oyó el ruido de una llave en la puerta. Mariú abrió los ojos. Era su madre que llegaba.

–¡Hola, Mariú! –dijo.

Su madre tenía la cara luminosa y serena, como si hubiera estado mirando barcos en el mar o algo parecido. Mariú sonrió.

«Ya ha encontrado la paciencia», se dijo. Y en ese momento, su madre le dio un beso muy muy grande.

Ella le dio uno más grande todavía.

–¿Qué has hecho? ¿Has dormido un rato?

–¡Hummm! ¡Algo parecido...! –contestó misteriosamente Mariú.







TE CUENTO QUE BELÉN GOPEGUI...

... de pequeña leyó un libro titulado *Palabra de honor*, que trataba de por qué es bueno cumplir lo que prometemos. Desde entonces, intenta tomarse en serio lo que promete; por eso escribió *El balonazo* y *El día que mamá perdió la paciencia*: porque se lo prometió a sus hijos.

Pero Belén también ha escrito novelas para adultos, como *La conquista del aire* y *El padre de Blancanieves*. Su comida preferida son los macarrones con tomate. Aprendió de su madre que hay que luchar por las cosas que nos parecen justas, y de su padre, que la Luna está más cerca de lo que pensamos y que vale la pena ir a buscarla.

Belén Gopegui (Madrid, 1963) se licenció en Derecho en la Universidad Autónoma de Madrid. No obstante, antes de terminar los estudios ya tuvo claro que se dedicaría a escribir. Ha escrito libros para niños, jóvenes y adultos, además de guiones para películas de cine. Su trabajo ha sido recompensado con varios premios, como el premio Tigre Juan o el VII Premio de Narrativa Española Dulce Chacón. De vez en cuando publica artículos en periódicos o revistas.

Si te ha gustado este libro, visita

LITERATURASM•COM

Allí encontrarás:

- Un montón de libros.
- Juegos, descargables y vídeos.
- Concursos, sorteos y propuestas de eventos.

¡Y mucho más!



Para padres y profesores

- Noticias de actualidad, redes sociales y suscripción al boletín.
- Propuestas de animación a la lectura.
- Fichas de recursos didácticos y actividades